

ron grande por excelencia, y no quisieron que se le comparase á ningun otro príncipe; él era el *único*. La posteridad no ha participado de este entusiasmo, y participará cada vez ménos á medida que la idea de derecho penetre en la conciencia general. Creemos, con el conde de Maistre, que la grandeza de Federico fué completamente relativa: no fué un grande hombre, sino un gran ciudadano prusiano (1). Cuando el príncipe, que acababa de escribir una refutación de Maquiavelo, subió al trono, Voltaire creyó ver en él el Salomón del Norte. El príncipe de la paz se convirtió, como por milagro, en conquistador. Un historiador alemán dice que no hay por qué lamentar que el rey de Prusia no haya correspondido á las esperanzas del filósofo francés: «La Providencia, añade Menzel, quería poner á la Prusia en lugar de la Suecia, como representante del espíritu protestante. En esto consiste la grandeza de Federico, y esto vale más que un reinado pacífico como el de Salomón» (2).

Hay una singular ilusión en esta glorificación del héroe prusiano. Nadie se hubiese admirado más que el mismo Federico si se le hubiese saludado como defensor del protestantismo. Se hubiera sonreído de la sencillez alemana, como debió reírse, cuando su amigo Voltaire le llamó Salomón. ¿Quién se ha preocupado menos que él en materia de religión? El protestantismo apenas le era más simpático que el catolicismo, y no pensó seguramente en desempeñar el papel de Gustavo Adolfo cuando tomó las armas contra la heredera de la casa de Hapsburgo. Conocemos su ambición; quería hacer de la monarquía prusiana una realidad engrandeciéndola. Hé aquí una ambición que seguramente nada tiene de comun con los destinos de la religión cristiana. Esto no quiere decir que la Prusia no tenga su misión, y que al constituirse, Federico no haya concurrido á los designios de Dios. ¿Pero tenía él conciencia de esta misión? Si por espíritu protestante se entiende el espíritu de libre pensamiento, puede decirse, con los historiadores alemanes, que la Prusia está llamada á presidir al desenvolvimiento de la libertad intelectual, y por

(1) DE MAISTRE, *Cartas*, t. I, p. 97.

(2) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. X, p. 333.

consiguiente, de la libertad política en Alemania. Falta saber si eran estos los sentimientos y las ideas que inspiraban al joven conquistador de la Silesia. Aun siendo libre pensador no creía que el género humano fuese capaz de elevarse jamás á la libertad de pensar; mucho ménos aún pensaba en la libertad política. Ha sido preciso un concurso de circunstancias completamente imprevistas para que los Hohenzollern enarbolasen la bandera de la libertad. Un siglo ha trascurrido desde el advenimiento de Federico, y la misión de su monarquía sigue siendo problemática, y más ó ménos nebulosa, como todo lo que los alemanes conciben en el orden político. Es posible que el porvenir realice las aspiraciones que se han manifestado desde el magnífico arranque de 1813. Pero de todos modos este porvenir no podrá invocarse para justificar á Federico II. Justificará á la Providencia, confirmará la creencia en un gobierno providencial de las cosas humanas. Pero los designios de Dios y los medios de que se sirve para llevarlos á cabo no justifican á los hombres. Federico II no era el órgano del libre pensamiento, como tampoco el campeón del protestantismo cuando invadió la Silesia. La misión que la Prusia llena en la vida de la humanidad es, pues, incuestionable. Como hombre político, Federico debe ser juzgado por el fin que se propuso y por los medios que empleó para conseguirlo. Ahora bien, el fin era sencillamente el que ambicionaban todos los príncipes en el último siglo, el redondear sus Estados; y los medios, el desprecio del derecho, la violencia, la violación constante de los tratados. ¿Son éstos los elementos de la verdadera grandeza? Según esto, los Cartouche y los Mandrin hubieran sido grandes hombres.

El conde de Maistre dice que Federico fué un gran prusiano, y tiene razón. Hoy que las ideas de nacionalidad, de patria alemana, agitan los espíritus, los historiadores quisieran transformar al usurpador de la Silesia, al aliado infiel de la Francia, en patriota alemán. Es otra ilusión. Indudablemente si hubiésemos de atenernos á los manifestos, habría que decir que Federico fué el defensor de la libertad germánica. Acusa incesantemente la ambición de la casa de Austria; dice que desde siglos atrás el objeto constante de su política es encadenar la libertad de la Alemania. Si el rey toma las armas en 1744, después de haber prometido

una amistad eterna á María Teresa en el tratado de Breslau, es por dar la libertad al imperio. Federico protesta que no pide nada para él: á darle crédito, es el campeón desinteresado del imperio, de su dignidad, de su independencia (1). Pero ya sabemos lo que quieren decir esas bellas frases. ¡El defensor generoso de la libertad germánica se hacía ceder, por el emperador, como precio de su apoyo, la Silesia y una parte de la Bohemia! ¿Qué era, después de todo, aquella libertad germánica oprimida por el Austria? Era la soberanía de los príncipes; ahora bien, no vemos lo que tenga de comun el despotismo de los mil y un tiranos que explotaban la Alemania para fomentar su lujo y sus desórdenes, ya con la libertad ó ya con la independencia de los Alemanes.

Para justificar ó excusar al ménos la política maquiavélica del autor del Anti-Maquiavelo, los historiadores alemanes dicen que todo se explica por el temor legítimo que Federico tenía á la dominación francesa. Su biógrafo nos cuenta que ya ántes de su advenimiento al trono decía que el rey de Francia desempeñaba el papel de Filipo de Macedonia. Hecho rey, no quiso apoyar una ambición que tendía á esclavizar á la Alemania. Los designios que se proponía la Francia, tomando parte por el duque de Baviera contra María Teresa, no eran un secreto para nadie. Bien pronto se manifestaron á la luz del día. Quería elevar sobre las ruinas de la monarquía austriaca pequeños soberanos que, rivalizando entre sí, hubieran estado siempre bajo la dependencia de sus omnipotentes vecinos: « Esto era, dice Federico II, renovar los usos de la política de los Romanos en los tiempos más florecientes de aquella república » (2). Evidentemente Federico, aún cuando no fuera más que por interés personal, no podía hacerse cómplice de la ambición francesa. ¿Pero es cierto que fuese éste el pensamiento que inspiró su política? ¿Por qué, si temía las invasiones de la Francia, se hizo su aliado para destruir la única potencia alemana que contenía á sus turbulentos vecinos? Uno de los mejores historiadores prusianos dice que vaciló. Enhorabuena; pero después

(1) ROUSSET, *Recopilación de actas*, t. XVIII, p. 457.

(2) PREUSS, *Friedrich der Grosse*, t. I, p. 194, 196. — FEDERICO II, *Historia de mi tiempo*, c. 4. (Obras, t. II, p. 93.)

de haber dudado, aceptó los ofrecimientos que le hizo el mariscal de Belle-Isle, y no fué culpa suya si María Teresa no sucumbió bajo la coalición del continente. *Ranke* insiste, y dice que este mismo temor de la preponderancia francesa indujo á Federico á tratar con el Austria, cuando ésta, al borde del abismo, se resignó á cederle la Silesia inferior. ¡Para salvar á María Teresa la despojaba! Dos años más tarde volvió á tomar las armas; esta vez no fué para salvar al Austria, fué para quitarle el resto de la Silesia y la Bohemia, de la que quería tomar una parte para sí. Al mismo tiempo declaró á la corte de Versalles que en ella solamente consistía el hallar en la Prusia la aliada fiel que en otro tiempo había encontrado en la Suecia, pero aliada más poderosa y más desinteresada. ¿Cómo se concilia esto con la pretendida política antifrancesa de Federico? Él mismo conocía todas las contradicciones de su conducta; como para justificarse á sus propios ojos, decía á sus ministros: « Los Franceses nos dejan coger la Silesia; ¿por qué no les hemos de dejar engrandecerse por su parte? » (1). ¡Hé aquí á donde vino á parar el patriotismo alemán de Federico! Egoísmo de príncipe dinástico. Este egoísmo hizo la grandeza de la Prusia, no hará la grandeza de Federico: una pasión pequeña no puede nunca hacer un grande hombre.

N.º 3.—*María Teresa.*

La coalición quería repartir la monarquía austriaca, después que todos los príncipes coaligados habían garantizado su indivisibilidad. A su vez María Teresa formó proyectos de reparto. Nada más natural; eran represalias. No es ménos cierto que todos los tratados celebrados, ya por los enemigos de la reina de Hungría, ya por la heredera de los Hapsburgos, tendían á trastornar la constitución política de la Europa. Prueba evidente de que no hay ni aún seguridad para la existencia de los Estados, mientras solamente reine el interés en las relaciones de los pueblos. Por mejor decir, no se trataba de los pueblos; ¡la política real des-

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. II, p. 263, 333, 269.